



MILAGRO EN LA LIBRERÍA

ANTONIO DE BENITO

ILUSTRACIONES: RUTH PÉREZ SANTIBÁÑEZ

A Ruth, ilustradora de este cuento
y alumna del colegio.
¡Gracias por poner tu talento
en esta colección de cuentos!



- ¡«Gualtrapepino», vaya una palabreja! Siempre estás inventando palabras sin sentido, deberías cuidar un poco más tu vocabulario, pequeño Fabulín.

- Yo soy así, invento palabras porque me divierte. Los tiempos cambian, papi, y eso de que no tienen sentido...
—respondió el menor de la familia.

- No te vayas a creer que yo, cuando era un jovencito, no he leído tebeos y cuentos, ¿cómo crees que aprendí a leer?

Padre e hijo, tan diferentes en todo: en los gustos, aficiones, incluso físicamente no tenían mucho parecido. El padre, un regordete diccionario escolar, con

No está permitida la reproducción parcial ni total de este libro sin el correspondiente permiso de los autores del copyright.

© Texto: Antonio de Benito
© Ilustraciones: Ruth Pérez Santibáñez
Colección Jesuitaslee

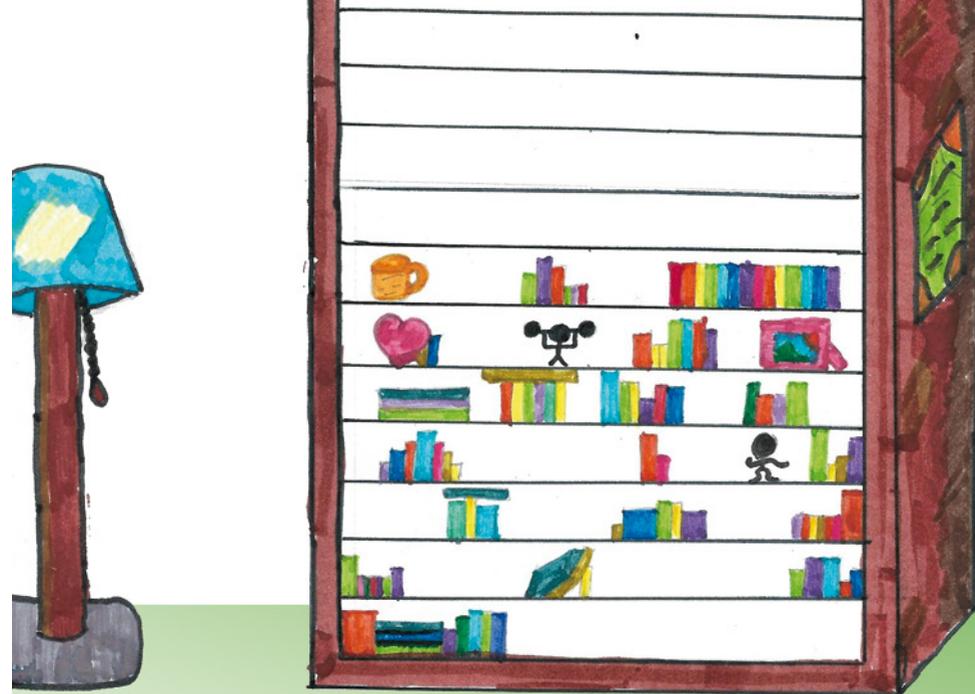
Diseño y maquetación: Patricia Méndez

Depósito legal: LR 1438 -2018

formato clásico. Había dedicado su vida a recopilar palabras procedentes de su país de nacimiento, Francia. Era un ilustrado diccionario de francés-español debido a su matrimonio con Doña Enciclopedia. Esta, perfectamente encuadernada con tapas muy duras, y culta como pocos del lugar.

El hijo pequeño es Fabulín, un cómic delgadito de blandas tapas, eso sí, ilustrado con atrevidos colores, algo alocado y siempre feliz, inventando en cada página una nueva sorpresa.

Su hermana mayor se llama Revista Rosa, es muy presumida y comparte largos ratos charlando con su grupo de amigos y amigas de los temas de actualidad.



Ya habréis descubierto que Fabulín y Revista Rosa, Mamá Enciclopedia y Papá Dictionaire –como le gustaba que le llamaran– formaban parte de la familia Del Libro, muy apreciados en Villalecturia del Saber, pequeño pueblo atravesado por el río Saber, que dividía en dos partes el territorio. En la margen sur del río, es decir, según bajas a la derecha, vivían casi todos los habitantes, los villalectores. Muy pocos habitaban en la margen norte, y no porque hiciera frío sino porque allí vivía un ser que causaba el pánico a los villalectores. Era conocido por... ¡El Pirata Copiador! Dicen los que le vieron alguna vez que destilaba un fuerte olor a tinta y sus modales habitualmente bruscos, asustaban al más valiente de los cuentos.



En Villalecturia existía una extraordinaria librería, muy cuidada por su dueña, que era a la vez encargada y dependiente. Libertad presumía de sus libros y hacía honor a su nombre dejando confianza a los villalectores para manosear –con cuidado–, ojear y hojear los libros, que siempre estaban deseosos de sentir el calorcillo de unas manos amigas.



Aquella tarde, Libertad cerró la librería sobre las ocho, echó el candado y se marchó a su casa. Difícilmente pudo abrir el paraguas a causa del fuerte viento. La noche desapacible caía sobre Villalecturia, presagiando acontecimientos inesperados.

- ¿Es verdad que el Pirata Copiador sólo llega de noche? –preguntó susurrando el pequeño Fabulín.

- No temas, pequeño, ahora lee un rato y duérmete –le tranquilizó doña Enciclopedia al tiempo que le daba un beso de buenas noches en la portada.

Poemario, un libro precioso repleto de poesías para los más pequeños, solía recitar poemas antes de dormir para todos los pequelibros. Esa noche comenzó así:

Pasad muy suave la página,
ninguna debéis doblar,
colocad bien la portada,
dispuestos a descansar.
Vuestro autor está dormido,
tumbado sobre el sofá,
soñando con escribir
otro cuento sin igual.
Un nuevo amigo vendrá,





compartamos su alegría,
tendremos que hacerle un hueco
en la limpia estantería.

Fabulín se iba quedando dormido escuchando las palabras de Poemario e imaginando cómo sería ese nuevo libro del que hablaba la poesía.

En ese preciso instante, una de las ventanas de la librería se abrió bruscamente. Una sombra, agigantada por el resplandor de un relámpago, se adueñó de las voces y de los ojos temerosos de todos los habitantes de la librería. No había llegado precisamente un amigo, se trataba de... ¡¡El Pirata Copiador!!

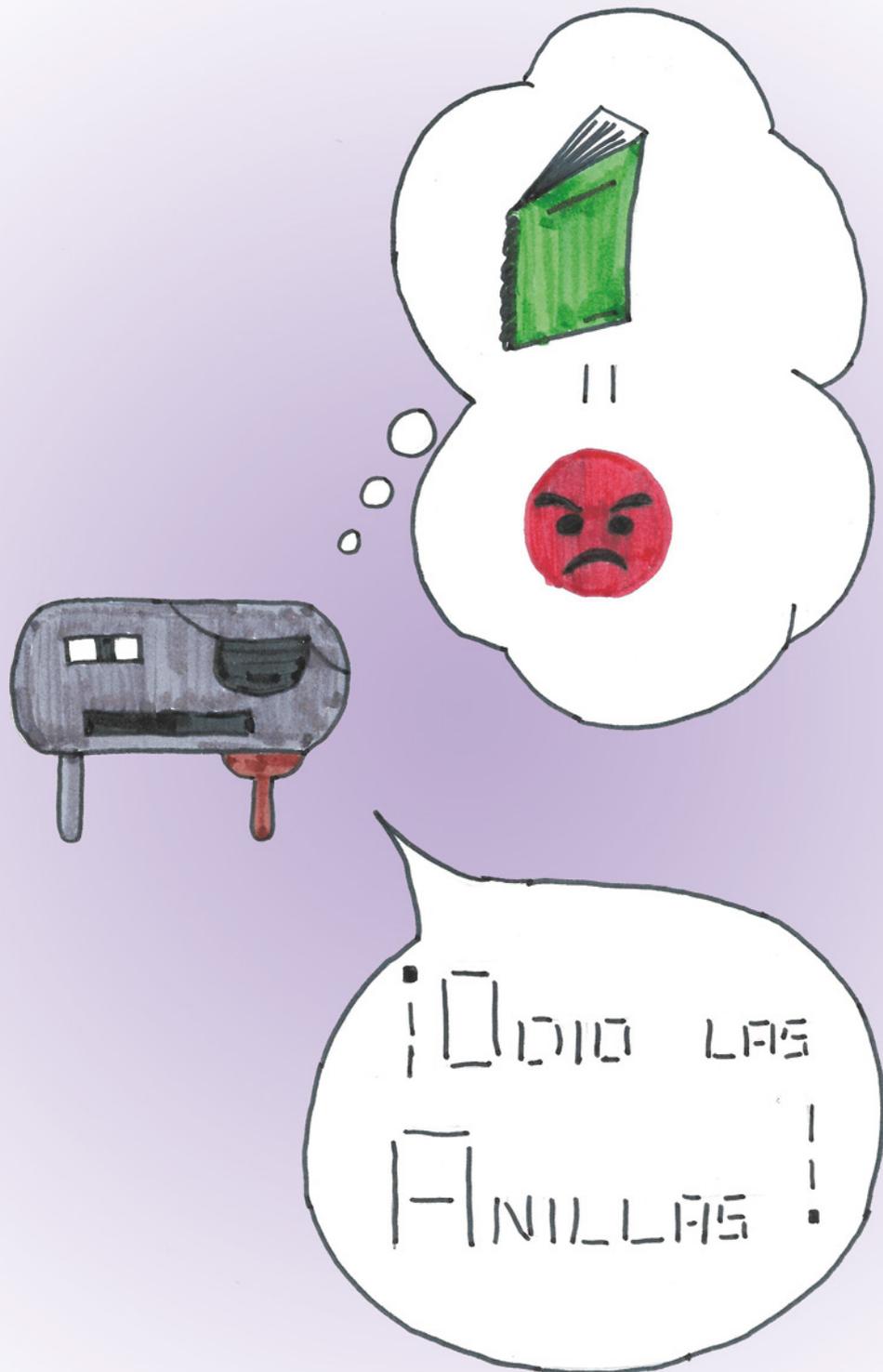
Un olor fortísimo a tinta se metió hasta lo más profundo de los libros.



- Jaaa, jaaa, jaaa ¡cómo me voy a poner esta noche de copiar! Ya tenía muchas ganas de estar en esta librería, es la mejor de la zona. Además, llevo una temporada que no me desahogo del todo: viejas estanterías de colegio con sobados librejos, libros de texto con sabor a salchichón, bibliotecas heladas y enmohecidas, algún cuaderno con anillas, ¡odio las anillas! – exclamó el Pirata de las copias.

He llegado incluso a rebuscar en los contenedores azules de papel y copiar la propaganda de los centros comerciales, los folletos de inmobiliarias, viajes... ¡Mucha publicidad! – dijo mirando fijamente a Poemario.

- ¡Hum!, qué encuadernación y qué método en la maquetación, y además papel



de primera calidad. Un buen bocado de versos. Se me hace el láser agua.



Poemario siguió leyendo de sus páginas:

No me hagas daño,
soy muy sensible,
soy Poemario.
Vete de aquí,
deja tranquilos
a mis amigos.
Somos los libros
de Libertad,
letras de paz.

- No digas más tonterías, payaso rimador.

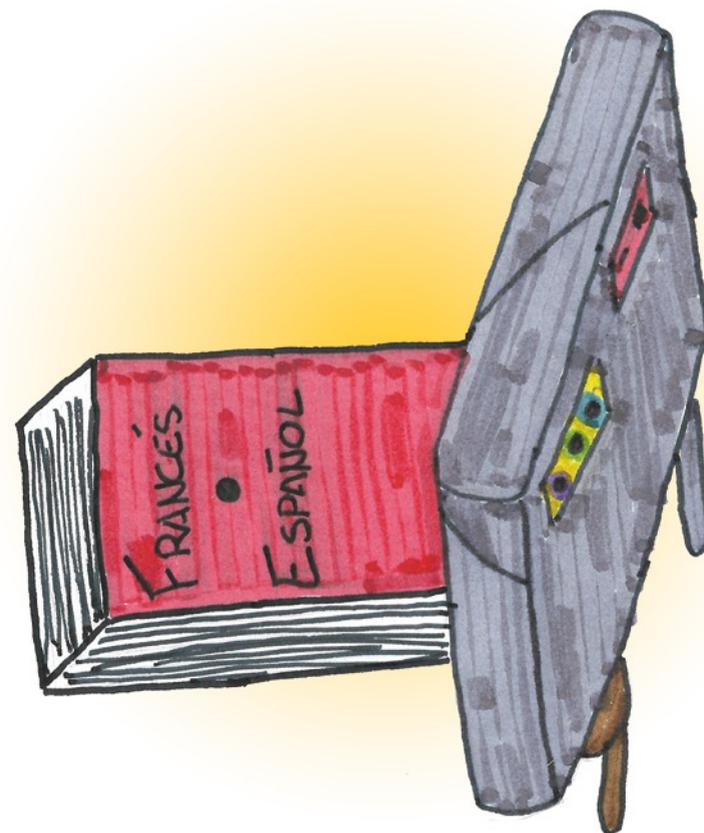
Y comenzó a agitarlo con sus manazas, lo abrió sin ningún cuidado y comenzó a copiarlo.

Brotaron docenas de copias. Las hojas de Poemario bailaban y sus ordenadas estrofas y versos parecían perder el equilibrio y ser de gelatina ante las acometidas del copiador compulsivo.

- Aquí no hay más ley que mi fotocopidora – acabó diciendo.

Terminó con Poemario y le tocó el turno a un libro de texto, uno verde de Ciencias Naturales. Lo copió un montón de veces, lo ampliaba, lo reducía, lo escaneaba. Sus hojas con los ríos, montañas, animales y metales resplandecían con la llegada de un nuevo relámpago.

Después le correspondió el turno a Don Dictionaire, a quien copió hasta su última palabra. ¡Qué forma



de pasar sus hojas! Se veían correr las iniciales de cada página ABCDEF...

El veterano libro aún tuvo fuerzas para balbucir:

- Canalla... algún día te darán tu merecido...

Ni lo escuchó el Pirata Copiador, que continuaba obsesionado con copiar todo tipo de libros, revistas, folletos y postales.

Por fin cesó la tormenta, un último flash del malvado Copiador sirvió de despedida:

- Hasta mañana, amigos, volveré, aquí queda mucho por copiar. Tenéis una pasta estupenda –mientras hablaba, miraba a Revista Rosa con una sonrisa perversa que hizo que la revistita, estremecida de pavor, se tapara con su portada.



Y echando un gran eructo, el Pirata Copiador se marchó cerrando bruscamente la ventana.



Los libros se reponían del tremendo susto, afortunadamente ninguno quedó inutilizado, se estiraron bien las hojas arrugadas, se retocaron las tapas y su encuadernación, y resoplaron aliviados.

- Este Pirata Copiador acabará con nosotros –habló Enciclopedia, atusándose la contraportada.

- ¿Quién nos comprará si se dedica a repartir esa gran cantidad de copias nuestras por ahí? –preguntaba una novela de misterio.

- A mi autor le duró varios años escribirme, fue un trabajo muy duro – decía un libro de historia del arte.

Fabulín saltó colocándose encima de la mesa que utilizaba Libertad:

- Lamentándonos no vamos a conseguir nada – intervino con energía.

- Eso, prefiero ser destrozado en una lucha con ese Pirata a que me vuelva a copiar varias veces – dijo una delgada novela de acción.

- Debemos utilizar como arma nuestra inteligencia; difícilmente le venceremos por la fuerza – indicó Don Dictionaire.

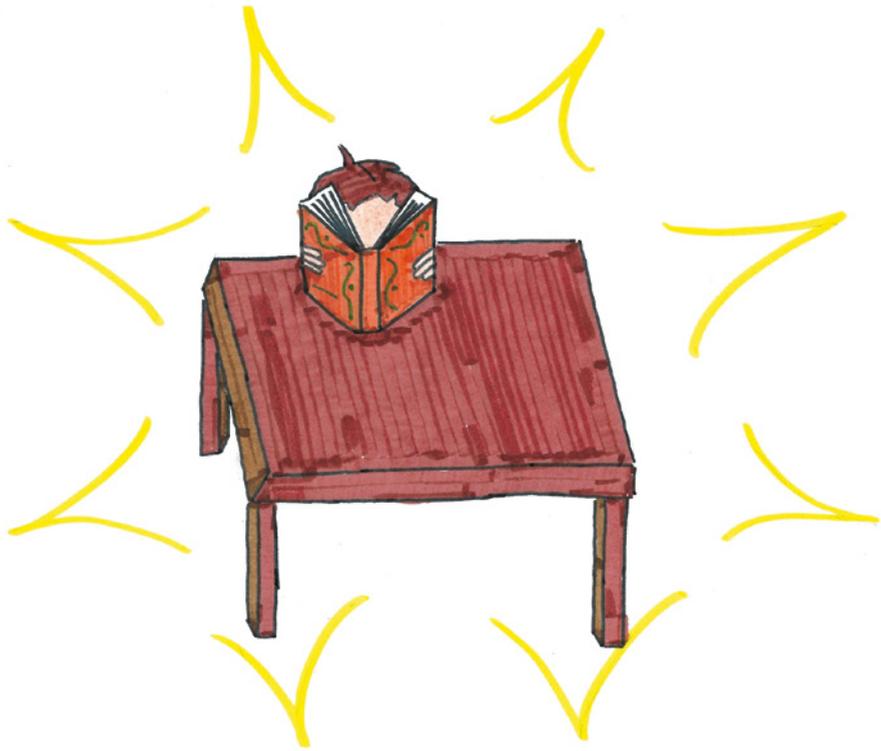


Libertad podría ayudarnos, si hubiera alguna forma de que supiera lo sucedido... – replicó Fabulín.



La noche pasó, aunque los libros no lograron dormir bien.

Al día siguiente, Libertad abrió la librería y entró silbando, como cada día. Sobre su mesa estaba un pequeño libro de fábulas que no recordaba haber dejado allí la tarde anterior. Miró hacia arriba, a la estantería superior, y observó un hueco, justo en la F de fábulas. Ya estaba subida en la escalera, dispuesta a colocar a Fabulín en su sitio cuando algo en la portada le llamó su atención. No recordaba aquel título de la colección de fábulas: «Fábula del Pirata Copiador».



Libertad bajó de la escalera, se sentó y comenzó a leer la fábula. Su rostro dibujó una expresión muy extraña, pero enseguida sonrió ante la llegada de un pequeño villalector en busca de algún consejo para leer un buen libro.

El día transcurrió con normalidad y, al llegar las ocho, Libertad cerró la li-



brería, echó el candado y... se escondió tras las cortinas. No salió de la librería.



Unos minutos más tarde, el resplandor tan familiar para los libros, llegó acompañado de las carcajadas del Pirata Copiador.

- Jaaa, jaaa, ya estoy aquí de nuevo, amigos. A ver, a ver... ¿dónde nos quedamos ayer...? ¡Oh! ¡Qué revista tan preciosa, qué colorido, hoja de papel couché y con deliciosos brillos en la portada! ¡Y además plastificada, hum! ¡Qué estupendo bocado para empezar a copiar!

Ya abría su portada para comenzar su festín cuando Libertad pulsó los tres interruptores de las luces. La librería resplandeció iluminando la negra noche.

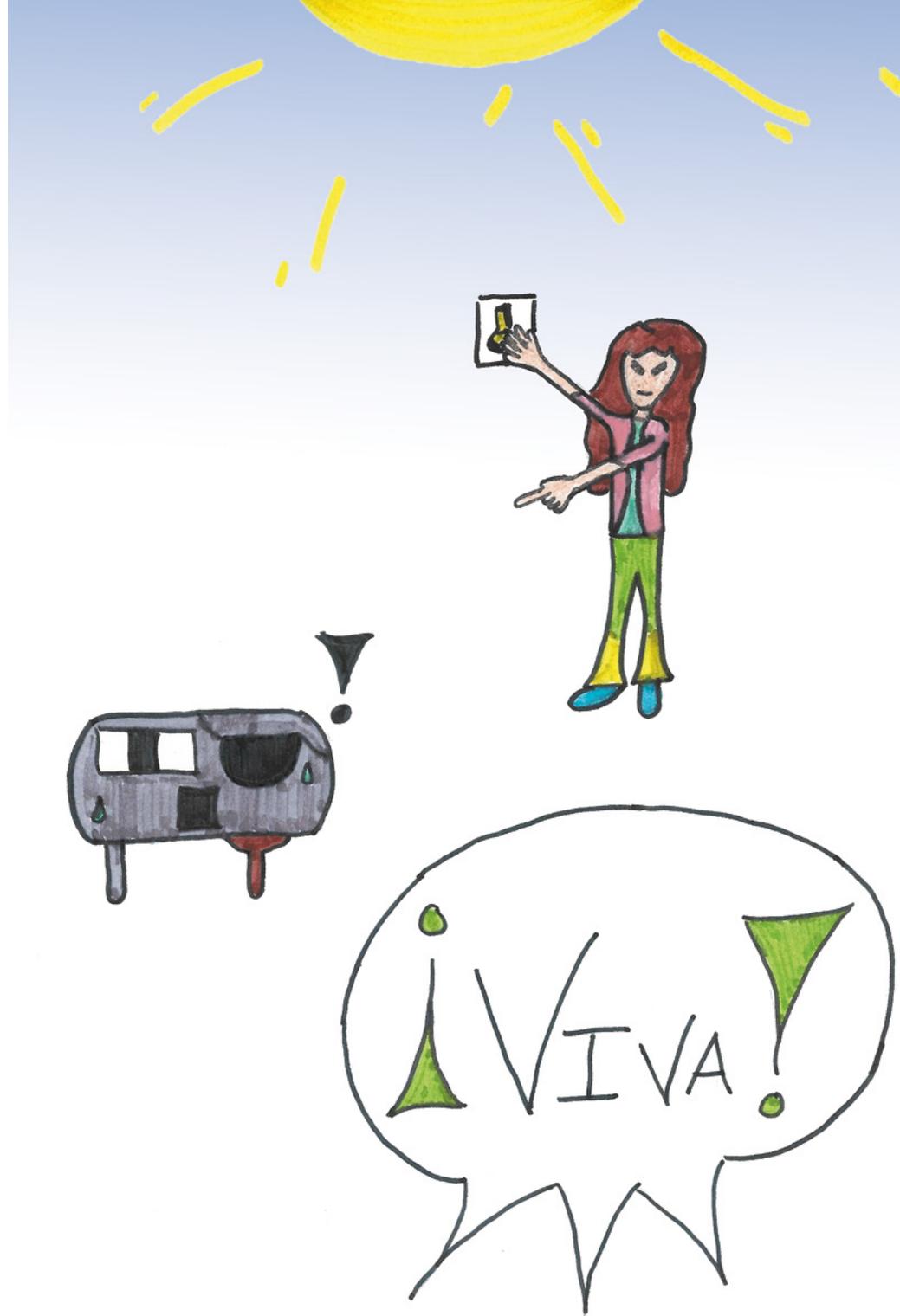
El Pirata Copiador cerró la portada bruscamente mientras gritaba:

-¿Quién anda ahí? Apaguen esa luz, ¡¡que me desintegroooo...!!

Libertad observaba la escena asomando su azabache cabecita tras los cortinajes. El Pirata Copiador se estaba convirtiendo en humo, un humo azulado que ya salía por la ventana entreabierta.

Los libros, felices, golpeaban sus tapas para aplaudir a Libertad que, con una sonrisa en el rostro, cerraba la librería, echaba el candado y se marchaba a casa, como todos los días.

Fabulín cuando despertó, oyó decir a su madre:



- ¿Qué te pasa, pequeño?

- Nada, solo fue un sueño, mamá.

Poemario todavía continuaba recitando:

Vecinos villalectores,
ancianos, jóvenes, niños,
hoy, de abril, es veintitrés,
es el día de los libros.

Historias de todo tipo,
de fantasmas, de aventuras,
de bichos, animalejos,
de fantásticas locuras.

Venid a la librería,
que mi nombre es Libertad,
están mis puertas abiertas.
¿Dispuestos para soñar?





MILAGRO EN LA LIBRERÍA cuenta la historia del Pirata Copiador, que no dejaba de copiar todo tipo de libros, hasta que un día se encontró con la librería de Villalecturia del Saber, Libertad.

ANTONIO DE BENITO (Arcos de Jalón, Soria). Maestro de Primaria del colegio Sagrado Corazón y escritor con más de 170 títulos publicados.

RUTH PÉREZ SANTIBÁÑEZ (Logroño, La Rioja). Alumna del mismo colegio y colaboradora en varias publicaciones del autor. Le encanta dibujar, leer y practicar natación sincronizada.